

VISION DE RAMALLAH

Ellos nos alinearon en dos filas en los márgenes de la carretera de Ramleh a Jerusalén. Mandaron a todo el mundo a levantar los brazos. Cuando un soldado judío se dio cuenta que mi madre quedó delante de mí para protegerme de aquel sol caliente de julio, él me empujó violentamente con la mano hasta el medio de la carretera polvorienta. Ordenó que me quedase equilibrado sobre un solo pie y con las manos sobre la cabeza.

Yo tenía nueve años. Acababa de ver, cuatro horas antes, la llegada de los judíos a Ramleh. Parado en medio del asfalto gris, vi como revisaban a las personas en busca de joyas, que eran arrancadas brutalmente. Había algunas mujeres soldados que actuaban como los hombres, pero con mayor agresividad y convicción. Mi madre me miraba, llorando en silencio. Yo quería poder decirle que me sentía bien, que el sol no me hacía ningún mal, como ella parecía estar creyendo.

Yo era el único niño que había sufrido. Mi padre murió antes del inicio de los acontecimientos. Mi hermano mayor fue preso en la toma de Ramleh. Yo sabía, entonces, lo que representaba para mi madre. Hoy sería posible imaginar lo que sería de ella si yo no me hubiese quedado a su lado cuando fuimos a Damasco. Allí, yo me ganaría la vida vendiendo periódicos por la mañana en los paraderos del ómnibus.

El sol comenzaba a minar la resistencia de los viejos y de las mujeres. Gritos, protestas y lamentos venían de todos lados. Observaba varios rostros que ya me había acostumbrado a ver por las calles de Ramleh. Ese recuerdo me inspiraba una tristeza difícil de definir. Nunca voy a poder explicar el

escalofrío extraño que sentí al ver a una de las muchachas judías empujar, riendo, la barba de mi tío Abu Othman.

El no era mi tío de verdad: era el barbero de Ramleh y también cumplía las funciones de médico en la ciudad. Todos gustaban de Abu Othman y le dieron el apodo de “tío” para mostrar el respeto que le tenían. Ahora estaba parado allí, apretando junto al cuerpo a su hija menor, la pequeña Fátima, que miraba a la judía con sus grandes ojos negros.

- ¿Es su hija?.

Él movió la cabeza, medio inquieto. Sus ojos tenían un fulgor sombrío. Con toda la simpleza del mundo, la judía levantó su ametralladora hacia la cabeza de Fátima. La pequeña continuaba mirándola con los ojos negros llenos de pavor.

Un soldado judío llegó justo en ese instante. La escena le había llamado la atención y se colocó delante de mí, impidiendo mi visión de lo que siguió.

Oí tres balas sucesivas zumbando. Lo que pude ver al seguir fue el rostro de Abu Othman crispado por un sufrimiento atroz. La cabeza de Fátima se inclinó al frente. Gruesas gotas de sangre escurrían de sus cabellos, derramadas sobre el sol ardiente.

Algunos minutos después. Abu Othman pasó a mi lado, cargando con sus viejos brazos el cuerpo de Fátima. Estaba callado y miraba apenas para el frente, con una especie de calma metálica, asustadora. Él pasó sin verme. Noté como su espalda estaba arqueada mientras avanzaba entre las dos filas hasta la primera curva. Mi mirada se volvió y se detuvo sobre su mujer, que se había caído al suelo. Vi cómo ella puso sus manos en el rostro y explotó en sollozos.

Un soldado judío llegó cerca de ella y pidió que se levantase. Ella no obedeció. Pensó que había llegado al último grado de desesperación.

Esta vez pude ver claramente, con mis propios ojos, lo que ocurría. El soldado la empujó con el pie y ella se acostó de espaldas. Tenía la cara roja. El soldado colocó la punta del fusil sobre su pecho y disparó una única bala.

Luego, el vino en mi dirección. Pidió con voz tranquila que levantase el pie que había puesto en el suelo sin percibir. Obedecí y me llevé dos bofetadas. Él limpió la mano manchada con mi sangre en mi camisa. Sentí un enorme cansancio e hice fuerza para encontrar a mi madre a lo lejos, entre las otras mujeres. Ella tenía los brazos erguidos bien encima de la cabeza. Lloraba en silencio. Cuando nuestras miradas se cruzaron, ella sonrió suavemente, entre las lágrimas. Un dolor terrible cortaba mi pierna que se doblaba sobre mi peso. Intenté devolverle la sonrisa triste como para decir que las bofetadas no me habían dolido, que todo estaba bien y que lo más importante era no lamentarse, o actuar como Abu Othman.

Él pasó otra vez cerca de mí. Al verlo, abandoné mis pensamientos. Volvía a su lugar sin mirarme. Al llegar cerca del cadáver de su mujer, se detuvo. Sólo veía su cuerpo de espaldas, doblado, las ropas ensopadas de sudor. Podía imaginar su rostro vacío, silencioso y mojado por la transpiración.

El se agachó para cargar el cuerpo. Muchas veces vi a su mujer sentada delante de la tienda esperando que él acabase de almorzar, para volver con la marmita a la casa. Él pasó, por tercera vez, delante de mí, cansado, con el sudor inundando el rostro arrugado. Pasó cerca de mí, siempre sin verme, y vi otra vez su dorso encorvado entre las dos filas de prisioneros, que ahora ya no lloraban.

El silencio, de repente, envolvió a las mujeres y a los viejos. Fue como si los recuerdos de Abu Ohtman penetrases por los huesos de todos. Recuerdos que él acostumbraba a contar a todos los hombres de Ramleh cuando conversaban en las sillas de la barbería. Recuerdos que ahora henchían todos los pechos y se infiltraban subterráneamente en los huesos, para corroerlos como ácido.

Era una persona muy querida. Confiaba en todo y en todos, y más aún, en él mismo. Comenzó de la nada y, cuando la revolución de la Montaña de Fuego lo empujó a Ramleh, volvió al punto de partida. Recomenzó, entonces, a trabajar duro, siempre útil como una planta fecundada por la tierra fértil de Ramleh. Consiguió la estima y el afecto de los habitantes de la ciudad, cuando comenzó la última guerra de Palestina, vendió todo lo que tenía para comprar armas, que distribuía entre los parientes, pidiéndoles que cumpliesen con su deber. La barbería se transformó en depósito de armas y municiones. Él nunca pidió nada a cambio de sus sacrificios. Todo lo que deseaba era ser enterrado en el bello cementerio de la ciudad, a la sombra de los árboles frondosos. Los hombres de Ramleh sabían que Abu Othman esperaba ser enterrado allí cuando llegase el día.

A mí alrededor, los rostros cubiertos de sudor reflexionaban el peso de los recuerdos. Yo miraba a mi madre, parada allí con los brazos levantados, el cuerpo erecto, como si no sintiesen ningún cansancio. Inmóvil como una estatua de plomo, ella seguía a Abu Othman con los ojos. Doble un poco la cabeza para ver al “tío”, que ahora estaba delante de un soldado judío. Él dijo alguna cosa y después apuntó a su barbería. Luego fue andando, solo, en dirección a ella. Volvió luego, trayendo una sábana blanca que usó para

envolver el cuerpo de su mujer. Retornó entonces, con ella en los brazos, su marcha rumbo al cementerio.

Volví a verlo un poco después, viniendo en nuestra dirección con el caminar muy pesado, el cuerpo aún muy encorvado, los brazos cansados pendulando a lo largo del cuerpo. Se aproximó lentamente a mí. Había envejecido mucho. Su rostro tenía el color del polvo. Jadeaba. Sobre su pecho se mezclaban trazos de sangre y barro.

Se paró a mi lado y quedó encarándome como si yo fuese un desconocido. Permaneció un poco allí, parado en medio de la carretera, sobre aquel terrible sol de julio, cubierto de polvo, mojado con sudor, sus labios agrietados y la boca, donde la sangre se secaba, entreabierta. Continuó mirándome por un tiempo. Tuve la impresión de ver en sus ojos un mundo de cosas que me perturbaban sin que yo pudiese llegar a comprenderlas. Él retomó su camino, paso a paso, el aliento cortado. Cuando llegó a su lugar, se detuvo dio vuelta el rostro hacia la carretera y levantó los brazos bien alto.

No fue posible enterrar a Abu Othman como él siempre había soñado. Él entró en el escritorio del comandante judío para un interrogatorio. Cuando colocó los pies allá adentro, todos oyeron una pavorosa explosión. El edificio entero se destruyó y el cuerpo de Abu Othman desapareció entre los escombros.

Más tarde, mi madre contó, mientras caminábamos por las montañas rumbo a Jordania, lo que había sucedido. Abu Othman, al entrar a la barbería antes de enterrar a su mujer, no había regresado solamente con la sábana blanca.